

Narrativa breve completa

Narrativa breve completa

JOSEPH CONRAD

TRADUCCIÓN DE

CARMEN M. CÁCERES Y ANDRÉS BARBA

TRADUCCIÓN DE *EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS* POR

JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS



HUEDERS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Primera edición: 2015

Traducción

© CARMEN M. CÁCERES y ANDRÉS BARBA

Traducción de *El corazón de las tinieblas*

© JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2015

París 35-A

Colonia del Carmen, Coyoacán

04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Copyright © EDITORIAL HUEDERS

www.hueders.cl

contacto@hueders.cl

Santiago de Chile

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión

KADMOS

ISBN España: 978-84-15601-92-0

ISBN Chile: 978-956-8935-51-1

Depósito legal: M-7196-2015

Impreso en España

ÍNDICE

Los idiotas	11
La laguna	39
Una avanzada del progreso	57
Karain: un recuerdo	89
El regreso	139
Juventud	203
El corazón de las tinieblas	243
Amy Foster	357
Tifón	393
Mañana	487
El fin de las ataduras	521
Falk, un recuerdo	677
Un anarquista	767
Gaspar Ruiz, un relato romántico	791
El delator	855
La bestia	883
El oficial negro	909
El duelo	943
<i>Il Conde</i>	1039
El cómplice secreto	1059
Un guiño de la fortuna	1111

El príncipe Román	1193
El socio	1219
Freya de las siete islas	1257
La posada de las dos brujas	1343
El plantador de malata	1375
A causa de los dólares	1455
El alma del guerrero	1495
El cuento	1521

LOS IDIOTAS

Íbamos de camino desde Tréguier a Kervanda. Avanzamos a trote ligero entre los setos que quedaban sobre los cortados de arena que había a ambos lados de la carretera, y, cuando llegamos al borde de la fuerte pendiente que hay antes de Ploumar, el caballo se puso al paso y el cochero bajó del pescante con pesadez. Hizo chasquear el látigo y subió la pendiente marchando con torpeza junto al carruaje, con la mano en el estribo y la mirada fija en el suelo. Levantó de pronto la mirada, apuntó hacia lo alto de aquel trecho y dijo:

—¡El idiota!

El sol brillaba con violencia sobre la ondulante superficie de la tierra. Las cimas estaban coronadas por pequeños grupos de delgados árboles cuyas ramas quedaban recortadas contra el cielo como si alguien las hubiese levantado sobre unos zancos. Los pequeños campos, delimitados por setos y muros de piedra, que zigzagueaban sobre las colinas con su aspecto de parches y retazos rectangulares de verdes amarillos e intensos, parecían los torpes brochazos de un pintor aficionado. El paisaje estaba dividido en dos por la franja blanca del camino, que se prolongaba en la distancia sinuosamente como si se tratara de un río de polvo que descendiera hacia el mar bordeando las colinas.

—¡Ahí está, ahí está! —dijo de nuevo el cochero.

En medio de la alta hierba que quedaba junto a la carretera, un rostro se asomó a la altura de las ruedas cuando nosotros pasábamos con el carruaje. Aquella cara de idiota estaba totalmente roja y la cabeza con forma de pepino tenía el pelo cortado al rape, por lo que la impresión era la misma que si lo hubiesen degollado y le hubiesen hundido el mentón en el

polvo. El cuerpo desaparecía entre los altos arbustos que crecían junto a la cuneta.

Era un rostro de muchacho. A juzgar por el tamaño debía de tener unos dieciséis años, puede que un poco menos o un poco más. A criaturas como ésa el tiempo las olvida y pueden llegar a vivir sin que los años las rocen hasta que la muerte las hace entrar en su piadoso seno, esa misma muerte fiel que no olvida en su ejercicio ni al más pequeño de sus hijos.

—¡Ah, pero si hay otro! —dijo el hombre con cierto tono de satisfacción en la voz, como si hubiese visto algo inesperado.

Y había otro. El otro estaba de pie casi en medio de la carretera bajo aquel sol abrasador y donde su propia sombra achata-da terminaba. Tenía cada una de las manos metida en la manga opuesta de un chaquetón largo y la cabeza hundida entre los hombros, como si lo aplastara aquel diluvio de fuego. De lejos tenía el aspecto de alguien que estuviera pasando un frío enorme.

—Son gemelos —dijo el cochero.

El idiota se apartó un par de pasos de la carretera y se quedó mirándonos por encima del hombro cuando pasamos a su lado. Tenía una mirada inquietante y fija, una mirada llena de fascinación, pero no se dio la vuelta para observarnos. Lo más probable es que la imagen pasara frente a él sin dejar la más mínima huella en aquel cerebro deforme. Cuando llegamos a lo alto de la pendiente, volví el rostro para echarle un vistazo más a aquella criatura. Seguía allí, en el camino, justo en el mismo punto en el que acabábamos de dejarlo.

El cochero subió de nuevo a su silla, chasqueó la lengua y comenzamos a ir colina abajo. De cuando en cuando, el freno chirriaba de un modo terrible. Cuando llegamos al pie de la colina, el ruidoso mecanismo se fue ensordeciendo y el cochero se dio la vuelta en el pescante y anunció:

—Iremos viendo algunos más de cuando en cuando.

—¿Más idiotas? ¿Pero cuántos hay? —pregunté.

—Son cuatro, eran hijos de un granjero que vive en los alrededores de Ploumar... Los padres ya no viven —añadió poco después—, la granja la lleva la abuela. De día las criaturas vagan

LA LAGUNA

El hombre blanco, apoyado con los dos brazos sobre el techo de popa, le comentó al timonel:

—Pasaremos la noche en el claro de Arsat. Es tarde.

El malayo gruñó sin más y permaneció con la mirada fija en el río. El hombre blanco apoyó la barbilla y contempló la estela. Al final de la recta avenida selvática dividida por el intenso resplandor del río, el sol brillaba diáfano y cegador cerniéndose sobre las aguas que destacaban discretamente como una franja de metal. La selva, sombría y tranquila, se alzaba silenciosa a ambos lados de la corriente. A los pies de aquellos árboles altos como torres crecían palmas de nipa con racimos de hojas enormes y pesadas que colgaban sobre los reflujos de oscuros remolinos en medio del fango de la ribera. En la inmovilidad de aquel aire, todo árbol, rama, hoja, hilo de enredadera y hasta pétalo de flor parecía sumergido como bajo un encantamiento en aquella ausencia total de movimiento. En aquel río no se movía absolutamente nada, con única excepción de los ocho remos que se elevaban con la sincronía de un relámpago y caían a la vez en un único chapoteo, mientras a derecha e izquierda del timonel se iba abriendo un luminoso semicírculo. Las aguas removidas por los remos se cubrían de una espuma confusa y murmurante. La canoa de aquel hombre blanco iba remontando las aguas en medio de aquel pequeño disturbio producido por ella misma como si estuviese cruzando el umbral de una tierra de la que hubiese desaparecido para siempre toda memoria del movimiento.

El hombre blanco, con la espalda hacia el sol, deslizaba la mirada por el paisaje desierto y amplio de aquella entrada

al mar. Durante las últimas tres millas de su curso, aquel río errante e indeciso parecía completamente seducido por la posibilidad de un horizonte abierto y se precipitaba directo hacia el mar, directo hacia el este. El este, morada tanto de la luz como de las tinieblas. Sobre la superficie de aquellas tranquilas aguas y en la zona de popa se escuchaba de cuando en cuando el canto de algún pájaro, un canto desafinado y frágil que quedaba ahogado en el amplio silencio del mundo antes de alcanzar la orilla contraria.

El timonel hundió su remo en la corriente y lo agarró con fuerza inclinado hacia delante. El agua borboteó y de pronto el extenso tramo del río pareció girar sobre el eje. Las selvas giraron en semicírculo y la embarcación quedó bañada en uno de sus flancos por la luz del atardecer, proyectando así las estilizadas y torcidas sombras de la tripulación sobre el fulgor del río. El hombre blanco se volvió para poder mirar hacia delante. El rumbo de la embarcación se había desviado y ahora la cabeza del dragón que estaba labrada en la proa se dirigía hacia una abertura que había entre la maleza de la ribera. Se deslizó entre las ramas colgantes y desapareció del río, como si se tratara de una criatura anfibia que abandonara su escondite de las aguas para adentrarse en la jungla.

El flanco del río era como una trinchera: tortuoso, increíblemente profundo y oscuro bajo la fina faja de aquel azul puro y hermoso del cielo. Los árboles se alzaban en toda su inmensidad, invisibles tras las enredaderas. Aquí y allá, rodeando la espléndida negrura del agua, asomaban por el entramado de helechos las monstruosas raíces de algún árbol, oscuras y solemnes, retorcidas y petrificadas a la vez, como una serpiente inmóvil. Las escuetas palabras de los remeros golpeaban contra los muros de vegetación. A través del laberinto formado por las enredaderas, y tras aquellas hojas impresionantes e inmóviles, se abrían paso las tinieblas, unas tinieblas misteriosas e invencibles, las tinieblas olorosas y envenenadas de las impenetrables selvas.

UNA AVANZADA DEL PROGRESO

I

Había dos hombres a cargo del negocio. Kayerts, el jefe, era bajo y grueso, y Carlier, el ayudante, era alto, tenía una cabeza alargada y un tronco voluminoso que se apoyaba sobre un par de piernas largas y delgadas. El tercer hombre de la compañía era un negro de Sierra Leona que decía llamarse Henry Price. Fuera por la razón que fuera, los nativos de la zona le habían dado el nombre de Makola y aquel nombre lo había acompañado desde entonces por el país. Hablaba inglés y francés con acento musical, tenía una bonita letra, sabía algo de contabilidad y en el fondo de su alma seguía siendo fiel al culto de los malos espíritus. Su mujer era una negra de Luanda muy gorda y ruidosa. Tres niños tomaban el sol frente a la puerta de su casa, una construcción de una sola planta que tenía forma de cabaña. Makola era de carácter taciturno e introvertido y despreciaba a los dos hombres blancos. Tenía a su cargo un almacén de barro con un techo de hierba seca, y fingía llevar correctamente las cuentas de los abalorios, las telas, los pañuelos rojos, los cables de cobre y el resto de los materiales que guardaban allí. Aparte del almacén y de la choza, lo único que había era un gran edificio en el descampado que quedaba junto a la estación. Estaba ingeniosamente construido con caña y tenía una galería que rodeaba los cuatro costados. En el interior había tres habitaciones. La del centro hacía las funciones de sala de estar y en ella había un par de mesas y varias banquetas. Las otras dos habitaciones eran los dormitorios de los dos hombres blancos. El único mobiliario de las habitaciones eran una cama y la armadura para sostener el mosquitero. El suelo era de tablones

y estaba siempre cubierto con las pertenencias de los hombres blancos: cajas abiertas y medio vacías, ropa, botas viejas; todo estaba sucio y medio roto y se acumulaba en torno a las camas de aquellos dos hombres desordenados. A poca distancia de los edificios había otra residencia. En ella, y bajo una alta cruz que había dejado de ser perpendicular, dormía el hombre que había visto nacer todo aquello, el que se había encargado del proyecto y la supervisión de la construcción de aquella avanzada del progreso. En su tierra había sido un pintor sin éxito que se había cansado de perseguir la fama con el estómago vacío y había llegado hasta allí gracias a poderosos contactos. Había sido el primer jefe del negocio. Makola había visto morir de fiebre al energético artista justo al terminar la casa con un resabiado gesto indiferente de «ya os lo dije». Luego, durante una temporada, vivió solo con su familia, sus libros de contabilidad y el Espíritu Maligno que gobierna las tierras que se encuentran bajo el Ecuador. Se llevaba bien con su dios. Tal vez lo hubiese apaciguado con la promesa de que habría más hombres blancos con los que jugar. Fuera como fuera, el director de la Gran Compañía de Comercio, que llegó en un vapor con forma de lata de sardinas gigante cubierta por un tejado, encontró la estación en orden y a Makola tan diligente como siempre. El director ordenó poner una cruz en la tumba del primer agente y nombró a Kayerts su sucesor. Carlier fue nombrado ayudante. El director era un hombre tan implacable como eficiente que en ocasiones podía llegar a tener un humor muy negro. Les dio una charla a Kayerts y a Carlier señalándoles los puntos más prometedores del negocio. El puesto comercial más próximo se encontraba a trescientas millas. Tenían frente a ellos una oportunidad inmejorable para distinguirse y conseguir beneficios del comercio, y un nombramiento como aquél era un beneficio claro para dos principiantes. Kayerts no lloró de milagro ante tanta bondad, aseguró que lo haría lo mejor posible, trataría de ser digno de aquella confianza, etc. Kayerts tenía cierta elocuencia. Carlier, antiguo suboficial de caballería de un ejército protegido de cualquier amenaza por varias

KARAIN: UN RECUERDO

I

Lo conocimos en aquella época imprevisible en la que nos contentábamos con mantener la vida y las posesiones. Ninguno de nosotros, hasta donde yo sé al menos, tiene ya propiedad alguna y sé que muchos han perdido negligentemente sus vidas, pero estoy seguro de que a los pocos que sobrevivieron no les falla tanto la vista como para no ver más de una insinuación de revueltas indígenas en el Archipiélago Oriental en medio de la nebulosa respetabilidad de los periódicos. Se puede ver brillar el sol entre las líneas de esos párrafos escuetos, los rayos del sol y el temblor de las olas del mar. Un nombre desconocido despierta los recuerdos, las frases impresas perfuman de una manera sutil la contaminada atmósfera de hoy con su fragancia intensa, como de brisas marinas que renacen bajo las estrellas de noches pasadas; en el alto borde del acantilado, en la oscuridad, brilla como una piedra preciosa un fuego de señales; los grandes árboles avanzan desde los bosques como centinelas inmensos y se inclinan vigilantes e inmóviles por encima de los soñolientos estuarios; retumba el rompiente de las playas vacías y las aguas se espuman en los arrecifes sobre la superficie de todo ese esplendoroso mar; esparcidos bajo la luz vertical del mediodía se observan los verdes islotes como si se tratara de una guarnición de esmeraldas engarzadas en el acero de un escudo.

Se ven también algunos rostros, rostros morenos, firmes, sonrientes, semblantes llenos de franqueza de esos hombres descalzos, armados y tranquilos. Irrumpieron en la breve extensión de la cubierta de nuestra goleta con toda su

muchedumbre engalanada y salvaje, con todos los vivos colores de sus *sarongs* a cuadros, sus turbantes, túnicas, bordados y con el resplandor de sus anillos de oro, pulseras, amuletos, lanzas decoradas y luminosas empuñaduras. Todos tenían una planta decidida y una mirada resuelta, sus gestos eran discretos y todavía hoy nos parece poder escuchar sus voces suaves narrando batallas, viajes y aventuras con vanidad serena, burlándose pero sin perder la compostura, tan pronto alabando con un murmullo complaciente su propia valentía o nuestra generosidad, como celebrando con euforia las grandes hazañas de su jefe. Recordamos las caras, las miradas, las voces, volvemos a ver el brillo de las sedas y de los metales, el murmullo de la multitud vibrante, bienhumorada y marcial y es como si sintiésemos todavía en las manos sus manos morenas y cordiales tras el apretón del saludo antes de verlas regresar a sus relucientes empuñaduras. Se trataba de las gentes de Karain, sus fieles seguidores. Los movimientos de todas aquellas personas dependían de sus labios, y en los ojos de su jefe se podían leer sus pensamientos, él les hablaba tanto de la vida como de la muerte con igual sencillez, y ellos escuchaban aquellas palabras con humildad y respeto, como si se tratara de regalos del destino. Todos eran hombres libres pero cuando se dirigían a él se autodenominaban «tu esclavo». Cuando él pasaba se apagaban las voces y daba la sensación de que lo escoltaba el mismo silencio, a sus espaldas había siempre una estela de murmullos. Lo llamaban jefe guerrero. Era la autoridad de tres poblados situados en una planicie estrecha, dueño de una minúscula franja de tierra; una franja de territorio parecida a una luna nueva que se extendía entre las montañas y a lo largo del mar.

Nos mostró hasta dónde llegaban sus dominios desde la cubierta de nuestra goleta, que estaba anclada en medio de la bahía, y lo hizo con cierto gesto teatral, recorriendo el mellado perfil de las montañas, ensanchando los límites y ampliándolos hasta un punto tan vago e inmenso que, por un instante, alguien habría podido pensar que incluía también el firmamento.

EL REGRESO

El metro procedente de la City emergió impetuosamente del interior del oscuro túnel y se detuvo entre chirridos bajo la sucia luz crepuscular de una estación del West End de Londres. Cuando se abrieron las puertas salió de los vagones una multitud de hombres. Llevaban sombreros de copa, abrigos negros, botas relucientes, manos enguantadas con las que transportaban finos paraguas y diarios matutinos parecidos a trapos sucios de color blanquecino, rosáceo o verdusco y tenían rostros de una sana palidez. Entre ellos salió también Alvan Hervey, con un puro entre los labios. Una pequeña mujer vestida de un negro desvaído corrió a lo largo de todo el andén y se metió a toda prisa en el vagón de tercera antes de que el metro reanudara la marcha. El golpe de las puertas al cerrarse sonó violento y rencoroso como una carga de artillería, y una gélida ráfaga de viento envuelta en el humo del barrio recorrió el andén de parte a parte e hizo detenerse a un anciano con una bufanda que tosió con violencia. Nadie se tomó ni siquiera la molestia de volverse hacia él.

Alvan Hervey cruzó el torniquete. Entre las desnudas paredes de aquella lúgubre escalera los hombres subían con prisa y sus espaldas se parecían todas entre sí, como si a todos los hubiesen vestido de uniforme. Es cierto que sus rostros eran distintos, pero aun así guardaban cierta semejanza, como si se tratara de una multitud de hermanos que por desagrado, indiferencia, prudencia o dignidad, hiciesen caso omiso unos de otros, pero cuyos ojos, brillantes o fatigados, aquellos ojos que apuntaban hacia lo alto de las mugrientas escaleras, aquellos ojos marrones, negros o azules no fueran capaces de evitar una idéntica expresión ensimismada e insulsa, presuntuosa y vacía.

En el mismo instante en que cruzaron la puerta de la calle se dispersaron en todas las direcciones, alejándose unos de otros con la misma urgencia que si estuvieran escapando de un lugar comprometedor en el que se había producido una confidencia o algo tan sospechoso y oculto... como la verdad o la pestilencia. Alvan Hervey dudó unos instantes a la salida y acabó dirigiéndose a casa.

Caminaba a paso rápido. Una llovizna fina caía sobre los trajes como si fuera polvo de plata, humedecía los bigotes y los rostros, barnizaba la calzada, oscurecía los muros y goteaba de los paraguas. Él avanzaba en medio de aquella lluvia con una seguridad cargada de indiferencia, con la desenvoltura calmada de un triunfador seguro de sí mismo, un hombre al que no le faltaban ni el dinero ni los amigos. Era alto, armonioso, saludable y apuesto, y su rostro claro tenía un refinamiento sutil, ese leve signo de prepotencia que sólo se adquiere cuando se han conquistado logros sólo en parte difíciles, como destacar en el deporte o en el arte de hacer dinero, o como haber demostrado un dominio evidente sobre los animales o los hombres necesitados.

Iba a casa más temprano de lo habitual, recién regresaba de la City y no había pasado siquiera por el club. Se tenía por un hombre inteligente y bien situado —¿y quién no?—, pero a decir verdad tanto sus relaciones como su educación y su inteligencia eran casi idénticas a las del resto de los hombres con los que hacía negocios o con los que se entretenía. Se había casado hacía cinco años. En aquella época todos los que lo conocían aseguraban que estaba enamorado, y también lo había corroborado él públicamente, ya que es bien sabido por todo el mundo que los hombres se enamoran una vez en la vida... a no ser que muera la esposa, en cuyo caso sería igualmente honorable enamorarse alguna que otra vez más. Era una joven saludable, alta y —a su juicio— hermosa, estaba bien relacionada y era educada e inteligente. Estaba aburridísima de su propia casa, donde se sentía atrapada como en el interior hermético de una caja fuerte, y le daba la sensación de que poseía una

JUVENTUD

Esta historia sólo podría haber ocurrido en un país como Inglaterra, en el que los hombres y el mar viven compenetrados: el mar está presente en la vida de la mayoría de los hombres y generalmente los hombres lo saben todo o casi todo sobre él, ya sea porque es su fuente de diversión, porque es su vía habitual de transporte o porque es el origen de sus ingresos.

Nos encontrábamos sentados con los codos apoyados en una mesa de caoba en la que se reflejaban nuestros rostros, la botella y las copas. Éramos un director de empresa, un contable, un abogado, Marlow y yo. El director había trabajado como grumete en el Conway, el contable había estado cuatro años en alta mar y el abogado —que pertenecía al partido conservador, a la Alta Iglesia y era el mejor amigo del mundo, el honor en persona— había sido oficial al servicio de p&o en aquella buena época en la que los barcos correo solían navegar por los mares de China con las velas desplegadas porque el monzón era apacible. Todos nos habíamos iniciado en la marina mercante y a todos nos unía ese sólido vínculo del mar y el compañerismo en un oficio que se refiere a la vida misma, y, por tanto, suele mantenerse al margen de los yates, los cruceros y otras cosas parecidas, que pertenecen al puro terreno de la diversión.

Marlow (me parece que es así como se pronunciaba su nombre) fue quien contó este relato, o más bien esta crónica de viaje:

—Conozco bien los mares orientales, pero el primer viaje que hice por aquella zona es el que mejor recuerdo. Todos sabéis a la perfección que hay viajes que parecen haber sido destinados para enseñarnos en qué consiste la vida. Son como un símbolo de la existencia. Te dedicas a trabajar, a luchar, a

sudar, estás a punto de perder la vida intentando conseguir algo y sin embargo no eres capaz, no lo consigues. Y no es culpa tuya, sencillamente resulta que no puedes hacer nada, ni mucho ni poco, nada, ni siquiera eres capaz de casarte con una vieja solterona ni de llevar un cargamento de seiscientas toneladas a puerto.

»Fue un asunto memorable. Era mi primer viaje a Oriente y también mi primer viaje como segundo oficial; era también la primera vez que nuestro capitán ejercía como tal, y la verdad es que ya era hora, porque tenía sesenta años o más; era un hombre pequeño y robusto, ancho de espaldas, aunque un poco encorvado, de hombros caídos y con una pierna más corta que la otra, y tenía ese aspecto un tanto deforme que con frecuencia tienen los hombres de campo. Podría haber partido nueces con la cara —la barbilla y la nariz parecían querer unirse sobre una boca hundida—, que enmarcaba una pelusa color gris acero como una cincha de algodón en rama que hubieran espolvoreado con ceniza. En medio de aquel viejo rostro brillaban dos ojos azules increíblemente parecidos a los de un niño y que tenían esa expresión ingenua y brillante que sólo algunos hombres consiguen sostener hasta una edad avanzada gracias al raro don de la sencillez de corazón y la rectitud de espíritu. Todavía no sé por qué me aceptó, es un misterio. Yo había ejercido de tercer oficial en un magnífico *clipper* australiano y al parecer él tenía cierta animadversión contra los *clippers*, los consideraba demasiado pretenciosos y aristocráticos. Me dijo: “Pues en este barco me temo que va a tener usted que trabajar”, y yo le respondí que eso era lo que había hecho en todos los barcos en los que había servido. “Ah —respondió—, pero esto es diferente y ustedes, los caballeros que vienen de esos grandes barcos... Pero vaya, me atrevería a decir que usted servirá. Venga mañana”.

»Y al día siguiente empecé. Todo esto ocurrió hace veintidós años y yo acababa de cumplir veinte. ¡Qué rápido pasa el tiempo! Aquél fue uno de los días más felices de toda mi vida. ¡Había que verme! Segundo oficial por primera vez, un oficial con responsabilidades de verdad. Si me hubiesen ofrecido una

EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS

I

Anclada y sin que hubieran ondeado las velas, la goleta *Nellie* se meció ligeramente antes de quedar otra vez en reposo. Había subido la marea, el viento apenas soplaba y, dado que el destino de la goleta era navegar río abajo, sólo nos quedaba permanecer en puerto y esperar al reflujo de las aguas.

La desembocadura del Támesis se extendía ante nosotros como el comienzo de un camino interminable. A lo lejos, el mar y el cielo se amalgamaban sin pespuntos y en el espacio luminoso las velas bruñidas de las barcazas, arrastradas río arriba por la corriente, parecían manojos inmóviles de lienzos rojos agudamente recortados entre las pinceladas de barniz de las botavaras. La neblina se asentaba en las orillas bajas que se extendían hacia el mar, donde finalmente se desvanecían. El aire que se alzaba sobre Gravesend ya estaba oscuro y, algo más atrás, parecía condensarse en una penumbra luctuosa que, inmóvil, rumiaba sobre la ciudad más portentosa en la faz de la tierra.

El director de la Compañía era nuestro capitán y anfitrión. Los cuatro mirábamos afectuosamente su espalda mientras él, desde la proa, oteaba en dirección al mar. No había en todo el río una imagen más evocadora de la vida náutica. Parecía un piloto, algo que a los ojos de cualquier marino venía a ser la fiabilidad hecha persona. Era difícil percibir que sus preocupaciones no estaban ahí afuera, en el luminoso estuario, sino detrás de él, entre la morosa penumbra.

Como ya he dicho antes, lo que nos unía era el vínculo del mar. Además de mantener unidos nuestros corazones

durante los extensos períodos de separación, aquel nudo era también lo que nos hacía tolerar las pequeñas batallas y hasta las convicciones de cada cual. El abogado, el mejor de todos los viejos camaradas, tenía, debido a sus muchos años y virtudes, el único almohadón disponible en cubierta y estaba recostado sobre la única alfombra. El contable había subido ya una caja de dominó y estaba jugando a construir edificios con las piezas. Marlow estaba sentado en la popa con las piernas cruzadas, recostado contra el último mástil. Tenía las mejillas hundidas, una complexión amarillenta, la espalda recta, un aspecto ascético, y al estar así, con los brazos caídos, enseñando las palmas de las manos, parecía un ídolo. El director, contento de que el ancla tuviera buen amarre, se dirigió a la popa y se sentó entre nosotros. Intercambiamos algunas frases ociosas, después de lo cual se hizo el silencio a bordo de la goleta. Por una u otra razón nunca empezamos esa partida de dominó. Nos sentíamos meditativos y sin ganas de nada que no fuera la contemplación y el sosiego. El día estaba llegando a su fin en medio de la quietud de una exquisita luminosidad. El agua alumbraba pacíficamente; el cielo, sin una sola nube, se abría como una benigna inmensidad de luz inmaculada; la propia niebla sobre las marismas de Essex era un manto radiante de gasas que se descolgaba desde las arboledas del interior para envolver las orillas bajas en diáfanos pliegues. Sólo la penumbra al oeste, rumiando desde las alturas, se hacía más oscura a cada minuto, como enfurecida por la proximidad del sol.

Y por fin, en su imperceptible parábola, el sol acabó de hundirse y del resplandor blanco pasó a un rojo sobrio que no emitía rayos ni calor, como si estuviera a punto de apagarse, ahogado a manos de aquella penumbra morosa que se alzaba sobre las multitudes de la ciudad.

De inmediato se apreció un cambio en las aguas y la serenidad se hizo menos brillante, pero más profunda. Con la caída del día el viejo río descansaba serenamente en toda su amplitud, después de siglos y siglos de buenos servicios prestados a la raza que poblaba sus orillas, arrellanado en la tranquila

dignidad de esa vía fluvial que conducía a los confines más remotos de la tierra. Mirábamos aquella venerable corriente no con el alborozo febril de un corto día que viene y se va para no volver, sino bajo la augusta luz de los recuerdos perdurables. Y en efecto, nada es más fácil para un hombre que, como dice el dicho, «se ha hecho a la mar» con reverencia y afecto, que evocar el grandioso espíritu del pasado sobre las orillas de la desembocadura del Támesis. Allí la corriente va y viene en su incesante oficio, cargada de memorias sobre los hombres y los barcos que ésta trajo de vuelta a la paz del hogar o condujo a las batallas de ultramar. Esa corriente había conocido y servido a todos los hombres de quienes se enorgullece la nación, desde sir Francis Drake hasta sir John Franklin, caballeros todos, con título o sin él: los grandes caballeros errantes del mar; había llevado a todos los barcos cuyos nombres brillan como joyas en la noche de los tiempos, desde el Golden Hind, que regresara con el vientre repleto de tesoros y sería visitado por su Alteza, la Reina, para entrar a formar parte de la portentosa leyenda, hasta el Erebus y el Terror, que zarparían en pos de otras conquistas... y que nunca regresaron. Había conocido a los barcos y a los hombres. Hombres que habían zarpado desde Deptford, desde Greenwich, desde Erith. Aventureros y colonos; barcos de reyes y barcos de tratantes; capitanes, almirantes, los oscuros «intermedios» del comercio con Oriente, además de los «generales» al mando de las flotas de las Indias Orientales. Buscadores de oro y de fama, todos ellos habían partido sobre estas aguas, empuñando la espada y muchas veces la antorcha, mensajeros del prodigio de estas tierras, portadores de una lumbre proveniente del fuego sagrado. ¡Cuánta grandeza habría flotado en esas aguas, arrastrada por el pleamar hacia el misterio de un planeta desconocido! Los sueños de los hombres, la semilla de los *commonwealths*, el germen de los imperios.

El sol se puso. El crepúsculo cayó sobre las aguas y algunas luces empezaron a encenderse en la orilla. El faro Chapman, un aparato de tres patas edificado sobre una planicie

lodosa, alumbró con fuerza. Las luces de los barcos se movían en la distancia; un revoloteo de destellos que iban y venían por el río. Y más al oeste, dominando la orilla desde lo alto, se apreciaba la marca de la monstruosa ciudad, ominosa sobre el cielo: una penumbra morosa que brillaba con luz propia, un resplandor espeluznante bajo las estrellas.

—Y éste también —dijo Marlow de repente—, éste también ha sido uno de los lugares oscuros de la tierra.

De todos nosotros, Marlow era el único que seguía viviendo de las «faenas del mar». Lo peor que se podía decir de él es que no era digno representante de su clase. Era un marinero, pero era también un vagabundo, cuando es sabido que la mayoría de los marineros tienen una vida sedentaria. Sus espíritus son del tipo de los hogareños y adondequiera que vayan llevan su hogar, esto es, el barco, tanto como su país, el mar. Tanto da un barco como el otro y además el mar es siempre el mismo. En la inmutabilidad de sus entornos, las costas extranjeras, los rostros foráneos, la inmensidad cambiante de la vida, pasan de largo, ocultas no por un velo de misterio, sino por una ignorancia levemente despectiva: pues no hay nada misterioso para un marinero, salvo el mar mismo, que es el amor de su vida, una amante inescrutable como el destino. En cuanto al resto, después de sus horas de trabajo, un paseo casual o una juerga le bastan para desplegar ante sus ojos el secreto de todo un continente, un secreto que por lo general encuentra desdenable. Las historias de los marineros son escuetas y sencillas y todo su significado cabe en la cáscara rota de una nuez. Sin embargo, Marlow no era el típico marinero (si dejamos de lado su propensión a relatar sus andanzas) y para él el significado de un episodio no se encontraba dentro, como una semilla, sino afuera, envolviendo el relato que lo ha producido como produce el brillo nocturno el contorno de la niebla, a la manera de esos halos que en ocasiones se hacen visibles gracias a la luz espectral de la luna.

Su observación no nos pareció en absoluto sorprendente. Sencillamente era algo propio de Marlow, así que fue admitida

por todos en silencio. Nadie se molestó siquiera en rezongar. A continuación, Marlow prosiguió muy lentamente:

—Estaba pensando en los viejos tiempos, cuando los romanos llegaron aquí por primera vez, hace novecientos años... hace nada... Desde entonces la luz se hizo sobre estas aguas, ¿no es así, «caballeros»? Aunque esa luz es como un relámpago fugaz en la llanura, como el resplandor del rayo entre las nubes. Nosotros vivimos en medio de ese parpadeo... ¡que ojalá dure hasta que la vieja Tierra deje de girar! Y sin embargo, la oscuridad estaba ayer aquí mismo. Imaginad los sentimientos del comandante de un (¿cómo se llaman?) trirreme en el Mediterráneo que, de repente, recibe órdenes de navegar hacia el norte, atravesando a toda prisa las Galias, a cargo de una de estas naves que los legionarios —unos hombres que debían de ser magníficos artesanos— solían construir, al parecer en grandes cantidades, cientos de ellas en uno o dos meses, si hemos de creer lo que dicen los libros. Imaginadlo aquí, en los confines del mundo, en un mar plomizo, bajo un cielo del color del humo, a bordo de una nave tan rígida como una concertina, remontando este río con órdenes o provisiones o lo que queráis. Bancos de arena, marismas, bosques, salvajes... casi nada que valiera la pena comer para un hombre civilizado, nada que beber salvo el agua del Támesis. Nada de vino de Falerno, ni paseos por tierra. Aquí y allá, algún que otro campamento militar perdido en el monte, como aguja en un pajar... El frío, la niebla, la tempestad, la enfermedad, el exilio y la muerte. La muerte merodeando en el aire, en el agua, en la maleza. Debieron de caer como moscas aquí. Oh, sí, así lo hizo el comandante. Y lo hizo muy bien, sin duda, y sin pensarlo demasiado tampoco, excepto quizás años más tarde, para fanfarronear de lo que había tenido que soportar en sus tiempos. Era lo bastante hombre para enfrentarse a la oscuridad. Tal vez se infundía ánimos ante la perspectiva de obtener un ascenso rápido a la flota de Rávena, si tenía buenos amigos en Roma, claro, y si conseguía sobrevivir al nefasto clima. O pensad en un joven y decente ciudadano vestido con su toga; quizás un jugador

empedernido, ya sabéis, que vino aquí como parte del séquito de un prefecto o de un recaudador de impuestos o incluso de un comerciante, con la esperanza de recuperar su fortuna... en un terreno cenagoso, marchando a través de los bosques, sintiendo cómo, en algún remoto puesto del interior, lo asediaba el salvajismo, un salvajismo rotundo: toda esa vitalidad misteriosa de la naturaleza que se contorsiona en lo profundo de los bosques, en las selvas, en los corazones de los hombres salvajes. No existe iniciación posible para semejantes misterios. El hombre se ve obligado a vivir en medio de lo incomprendible, que a la vez le resulta detestable. Si bien aquello tiene también cierto encanto, algo que llega a fascinarlo. La fascinación de lo abominable. Ya me entendéis. Imaginaos el remordimiento cada vez más acuciante, las ansias de escapar, la impotencia y el hastío, la humillación, el odio.

En este punto hizo una pausa.

—Tened en cuenta —prosiguió, extendiendo un brazo, con la palma de la mano abierta y las piernas dobladas en el suelo, asumiendo así la pose de un Buda que rezara con atuendo europeo y sin su flor de loto—, tened en cuenta que ninguno de nosotros se sentiría exactamente así. Lo que nos salva es la eficiencia. Nuestra devoción por la eficiencia. Pero estos hombres no tenían ni siquiera eso, en realidad. No eran colonizadores. Su administración se reducía a una mera opresión y poco más, me temo. Eran conquistadores y para eso sólo se necesita fuerza bruta: algo de lo que no se puede presumir, si se cuenta con ello, pues tu potencia no es más que un accidente derivado de la debilidad de los demás. Agarraban lo que podían sin otra finalidad que la de hacerse con ello. Era simple robo con violencia, asesinato agravado a gran escala y hombres que se entregaban a ello ciegamente (algo que no podía ser más apropiado dado que se enfrentaban a la oscuridad). La conquista del planeta, que casi siempre quiere decir arrebatárselos la tierra a los que tienen una complexión diferente o una nariz ligeramente más chata que las nuestras, no es una cosa agradable si uno se pone a mirarla con detenimiento. Lo único que

nos redime es la idea misma. Una idea al fondo del todo; no un pretexto sentimental sino una idea; y una creencia desinteresada en la idea. Algo que se puede erigir y luego reverenciar de rodillas, ofrecer sacrificios en su honor...

Entonces dejó de hablar. Sobre el río flotaban mil antorchas, pequeñas llamaradas de color verde, luces rojas, blancas, que se perseguían unas a otras, se solapaban, se unían, se entrecruzaban y a continuación se separaban a velocidades distintas. El tráfico de la gran ciudad no cesaba ante el avance de la noche sobre el río insomne. Seguíamos atentos, esperando pacientemente: era lo único que podíamos hacer hasta que bajara la marea; pero no fue sino hasta después de un largo silencio —al cabo del cual Marlow dijo con tono dubitativo: «Supongo que recordaréis que ya he sido marinero de agua dulce en una ocasión»— cuando todos supimos que, antes de que la corriente fuera propicia, estaríamos condenados a escuchar una de las historias inconclusas de nuestro compañero.

—No quiero molestaros con mis anécdotas personales —dijo, demostrando con esa frase la debilidad de tantos narradores de historias que casi nunca parecen conscientes de lo que su público querría escuchar—, pero para comprender el efecto que tuvo en mí debéis saber cómo llegué allí, qué fue lo que vi, cómo navegué río arriba hasta el lugar donde conocí a ese pobre sujeto, en el destino de navegación más remoto y el punto culminante de mi experiencia. Un sitio que parecía arrojar una extraña luz sobre todo lo que me rodeaba. Y sobre mis pensamientos. Era bastante lúgubre también. Y triste. En ningún caso extraordinario. Tampoco demasiado claro. No, no era muy claro. Y aun así parecía arrojar esa especie de luz.

»Como recordaréis, en esa época acababa de regresar a Londres después de un prolongado periplo por el Índico, el Pacífico y los mares de China —mi dosis regular de Oriente—, a lo largo de seis años, más o menos, de modo que me pasaba los días echado, estorbándoos en el trabajo e invadiendo vuestras casas, tanto es así que se diría que me habían encargado la misión celestial de civilizaros. Aquello no estuvo mal por un

tiempo, pero al poco me cansé de tanto descansar. Entonces empecé a buscar un barco. Habría aceptado el trabajo más duro de la tierra y aun así, los barcos ni siquiera se fijaban en mí. Hasta que me cansé también de aquello.

»Veréis, cuando era apenas un crío tenía una verdadera pasión por los mapas. Podía quedarme horas enteras recorriendo Sudamérica, o África, o Australia, arrobado en las glorias de la exploración. En esa época aún había muchos espacios en blanco, y cuando detectaba alguno particularmente llamativo (aunque todos lo eran) posaba mi dedo encima de él y me decía: "Cuando crezca voy a ir allí". El Polo Norte era uno de esos lugares, lo recuerdo. Y bueno, aún no he estado allí y me temo que ya no lo voy a intentar. Ha perdido todo su *glamour*. Otros de esos lugares estaban desperdigados por toda la línea del Ecuador y por todas las latitudes, en ambos hemisferios. He estado en algunos de ellos y... en fin, ahora no vamos a hablar de eso. Sin embargo, había uno que seguía allí. El más grande, el más "en blanco", por así decirlo, al que ansiaba llegar.

»Bien es cierto que, a esas alturas, ya no era un espacio en blanco. Desde los años de mi infancia se había llenado de ríos y lagos y nombres. Había dejado de ser un espacio en blanco, poblado de sutiles misterios. Un terreno vacío donde un niño podía fantasear a sus anchas. Ahora se había convertido en un lugar de oscuridad. Pero en ese espacio había un río en especial, un portentoso y magnífico río que se podía apreciar en el mapa y que parecía una inmensa serpiente desenroscada, con su cabeza hundida en el mar, su cuerpo en reposo serpenteando hacia el interior de un vasto país y la cola hundida en las profundidades de esa tierra. Y al descubrirlo en un mapa que vi en el escaparate de una tienda, el río me fascinó como haría una serpiente con un pájaro —un pájaro ingenuo y diminuto—. Entonces recordé que había grandes intereses, una Compañía para comerciar en ese río. "¡Maldita sea!", pensé para mis adentros, "no se puede hacer comercio sin utilizar barcos especiales en medio de toda esa agua dulce: ¡vapores! ¿Por qué no intentar hacerme con un barco de vapor?". Seguí